

Un relato de *Del salón al sotabanco*

Reproducimos un relato de Alfredo Nan de Allariz incluído no seu libro *Del salón al sotabanco*. O texto publicouse orixinariamente na revista argentina *Caras y caretas*.

Contidos:

- NAN DE ALLARIZ, Alfredo: *Del salón al sotabanco*, Imprenta de Juan Pueyo: Madrid, 1920, p. 165-168.



CONSELLO DA CULTURA GALEGA

Arquivo da Emigración Galega

HILARIO

Cuente Argentino

(Publicado en la Revista *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, en el número 27, de 8 de Abril de 1898).

El año había sido terrible para la gese del campo, año de angustias, de estrecheces y de miseria.

No eran ya bastante calamidad las grandes sequías y fuertes calores reinantes, que tenían los campos caldeados y mustios, considerándose casi totalmente perdida la cosecha, sino que, para colmo de males, el tan temido acridio, esa horrorosa plaga saltona que es uno de los más terribles enemigos del agricultor, no tardó en hacer su aparición, poniendo de manifiesto sus efectos devastadores, a tal extremo que, horas más tarde, lo poco que, resistiendo a las inclemencias del tiempo, aún se veía reverdecer, caía bajo la acción devoradora de la langosta, que arrasó por completo los sembrados.

Como es consiguiente, perdida casi en absoluto la cosecha, no hacían falta brazos para su cultivo y recolección y la «peonada» era despedida en su mayor parte de las estancias y chacras.

Cúpole también esta triste suerte a Hilario, «chino» de unos cuarenta años, de intachable conducta, trabajador y muy entendido en las labores del campo, que servía de segundo capataz en una estancia, y el cual, comprendiendo que su vida aquel año se le presentaba como un problema de difícil solución, decidió —como otros muchos— «llegarse» a la capital de la República en busca de trabajo.

Pensado y hecho. Nuestro hombre llegó a Buenos Aires recomendado por su ex patrón a un alto personaje, con cuya influencia consiguió entrar a prestar servicio en una Comisaría en calidad de «vigilante», ocupación que él juzgaba la más adaptable a sus aptitudes.

Para instruirlo en los asuntos del servicio, el comisario nombró a un cabo instructor, que dio comienzo inmediato a su misión.

Todo iba marchando sin grandes obstáculos, hasta que se llegó a la cuestión de las señales: los toques de «pito». ¡Y aquí fue ella!...

Tan duro de mollera se mostraba el amigo Hilario que, por más que el cabo encargado de su instrucción ponía en práctica todos los recursos que su mente le sugería, no hallaba modo ni manera de lograr que a nuestro hombre se le quedara retenido en la memoria el significado de los diferentes toques.

—¡Vamos a ver, amigo! —decía el cabo impacientándose—. Ponga un poco de atención. Una «pitada» larga es llamada especial para el sargento; una larga y una corta es ronda; dos largas, incendio; una larga y dos cortas, auxilio; tres largas, reunión de policías; una larga y tres cortas, llamada de oficial... ¿Se va enterando?

—Sí, señor, sí; siga «no más», que no hay «cuidao».

—Bueno. Aplique, pues, la «oreja».

Y el cabo, con una paciencia digna de Job, daba nuevamente principio a la explicación de todos los «toques» policiales. Y después de repetírselos hasta la saciedad, parábase a preguntarle:

—A ver; una pitada larga, ¿qué quiere decir?

—¿Sabe que no m' acuerdo? —contestaba rascándose la cabeza y sonriendo con la mayor naturalidad.

—Pues, amigo, está bueno. ¡Ponga atención, hombre del diablo!

Y vuelta a reanudar la penosa tarea de las explicaciones; una, dos, tres, diez, veinte veces. Hasta que Hilario observó:

—¿Sabe una cosa, cabo? Que me «paecen» muchos toques ésos pa mí.

Efectivamente: para su inteligencia roma era demasiada complicación aquella de tantos toques que, cuanto más repetidos, más le confundían y menos impresos se le quedaban en la memoria.

Pasaron así algunos días, hasta que, cansado el cabo instructor de lo infructuoso de sus esfuerzos, dio cuanta de ello al comisario, el cual ordenó que Hilario fuese conducido a su presencia.

—¿Qué es eso, «che»? —le preguntó el comisario, que se hallaba rodeado de varios oficiales y auxiliares—. Me dicen que no «aprendés» los toques.

—¡Qué le quiere, señor; no me «dentrán»!

—¡Pero si es lo más fácil!...

—Pa ustedes, que son muy «leídos» y «sabidos», sí; pero pa nosotros, pa el paisanaje, es más duro...

—Bueno, «vení»; yo te voy a enseñar. «Tomá» este pito y «hacé» lo que hago yo con este otro. Y el comisario dio dos pitadas, que fueron repetidas por Hilario.

—¿Qué es lo que hemos tocado? —preguntó.

—¡Señor, eso cualquiera lo sabe! —repuso sonriendo ingenuamente.

—Pues dilo; ¿qué hemos tocado?

Hilario, seriamente:

—¡El pito!...